Seguridad para uno, incertidumbre para todos

Carlos Alonso Zaldívar

Carlos Alonso Zaldívar es economista, ingeniero aeronáutico y diplomático. Actualmente es agregado cultural de la Embajada de España en Roma.

La teoría de la relatividad, muy a pesar de su nombre, dista de establecer que todo es relativo. Muestra, es cierto, que la masa y la velocidad introducen cambios en el espacio y en el tiempo y que, por lo tanto, ni uno ni otro son absolutos. Pero esa relatividad del espacio y del tiempo se desprenden de suponer que hay algo que no es relativo, cambiante o variable. Einstein llegó a las conclusiones a que llegó partiendo de que las leyes de la física debían ser las mismas se aplicaran en el sistema de referencia en que se aplicaran. O, dicho de otra forma, supuso que los resultados de un experimento no pueden cambiar porque cambien las referencias espaciales y temporales en que se midan. Este punto de partida, que afirma la no relatividad de algo, es el que trae como consecuencia la relatividad de todo lo demás.

El lector estará preguntándose a santo de qué vienen estas disquisiciones físicas, y la respuesta es: para resaltar que conceder a algo la prioridad *absoluta* puede acarrear la *relativización* de todo lo demás. Esta idea viene a cuento porque tras el 11 de septiembre Estados Unidos parece orientarse a considerar su seguridad nacional como la prioridad absoluta de su política. Nada más natural que un país sitúe su seguridad como prioridad de su política, eso ya lo hacía Estados Unidos antes del 11 de septiembre, pero cuando a esa prioridad se le atribuye un carácter *absoluto*, es decir, incondicionado o sin límites, estamos ante algo muy distinto y de ello se derivan consecuencias insospechadas. De eso trata este artículo.

Punto de partida: tras el 11 de septiembre para el gobierno de Estados Unidos la seguridad nacional constituye una prioridad absoluta. Las declaraciones oficiales en este sentido no faltan, pero, en un asunto tan trascendente, no conviene fiar mucho a las declaraciones. Lo que más mueve a tomarlo en serio es que, como veremos, bastantes de las consecuencias que de ello se derivan están ya planteadas en los hechos; si bien no todas, al menos hasta el momento. Además de en eso, este supuesto también encuentra fundamento en que el 11 de septiembre los dirigentes de Estados Unidos comprobaron que su país es vulnerable en una medida que no habían previsto. Semejante descubrimiento no pudo por menos que empujarles a actuar política y técnicamente para evitar que un ataque semejante o peor vuelva a producirse. Que Al Qaeda lo intente de nuevo es algo que no pueden descartar y, puestos en lo peor, tampoco pueden descartar que recurra a armas de destrucción masiva en un segundo intento. Aunque esta última hipótesis puede considerarse poco probable, el producto de esa baja probabilidad por los daños masivos que causaría, continúa arrojando un resultado elevado que es la medida de la amenaza a confrontar y, evaluado este riesgo, los dirigentes de Estados Unidos deciden que impedir un nuevo ataque es algo a lo que debe subordinarse todo lo demás, es decir, que es una prioridad absoluta.

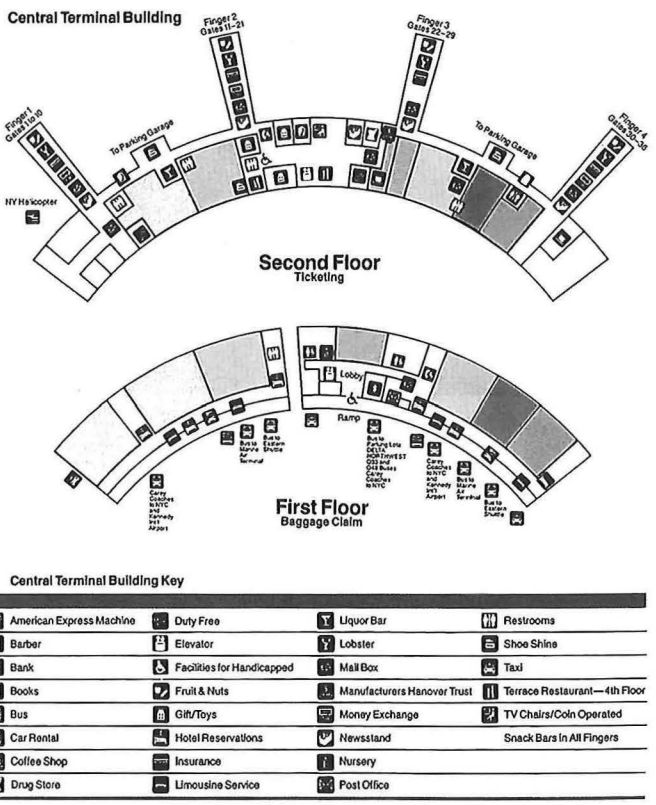
¿Qué significa *prioridad absoluta*? Veámoslo primero en el espacio. Dado que la amenaza que Al Qaeda representa no está localizada sino esparcida por todo el mundo, prioridad absoluta quiere decir que Estados Unidos debe estar dispuesto a actuar en todo el mundo ①. En lo que al tiempo se refiere, prioridad absoluta significa que esa actuación debe llevarse a cabo lo más rápidamente posible. En efecto,

① Según la propia Casa Blanca, los efectivos de Al Qaeda están más concentrados en Afganistán pero también dispersos por más de sesenta países.

el peor escenario es que Al Qaeda cuente ya con medios humanos y materiales para un segundo ataque situados en Estados Unidos o que los esté transfiriendo desde otros puntos. Para abortar tal operación no hay un minuto que perder y, como los procedimientos democráticos se caracterizan por consumir mucho tiempo, prioridad absoluta significa también ignorarlos incluso en los propios Estados Unidos. ¿Tanto?

Desde el 11 de septiembre unos mil doscientos residentes o transeúntes extranjeros han sido detenidos, encarcelados e interrogados en Estados Unidos sin que hasta ahora ninguno haya sido condenado por nada ②. La (supuesta) tradición americana de que es preferible que haya cien culpables sueltos a que un inocente esté detenido, ha quedado para mejores tiempos. Ahora capturar a un supuesto terrorista bien vale encarcelar a centenares de inocentes. La USA Patriot Act aprobada el 25 de octubre de 2001 establece que si el fiscal general considera que hay fundamentos razonables para sospechar que un extranjero es terrorista o ayuda a terroristas puede ser encarcelado sin cargos durante siete días y que si es acusado de cualquier delito (aunque no esté relacionado con terrorismo) el encarcelamiento puede prolongarse durante seis meses y ampliarse después otros seis meses. Si el extranjero es acusado de terrorismo puede ser juzgado por un tribunal militar en secreto y sin las garantías propias de un tribunal civil y condenado a muerte sin que la sentencia pueda ser revisada más que por el presidente de Estados Unidos o, por delegación, el secretario de defensa. Como dice Ronald Dworkin, «Si cualquier americano fuera juzgado por un gobierno extranjero de esta manera denunciaríamos a ese gobierno como criminal» ③. Pero esto sólo viene a colación como indicación de hasta dónde puede alcanzar el significado de prioridad absoluta.

② Muchos de ellos han sido deportados, en algunos casos para ser interrogados en otros países, y unos trescientos continúan detenidos. *Financial Times*, 28 de marzo de 2002.

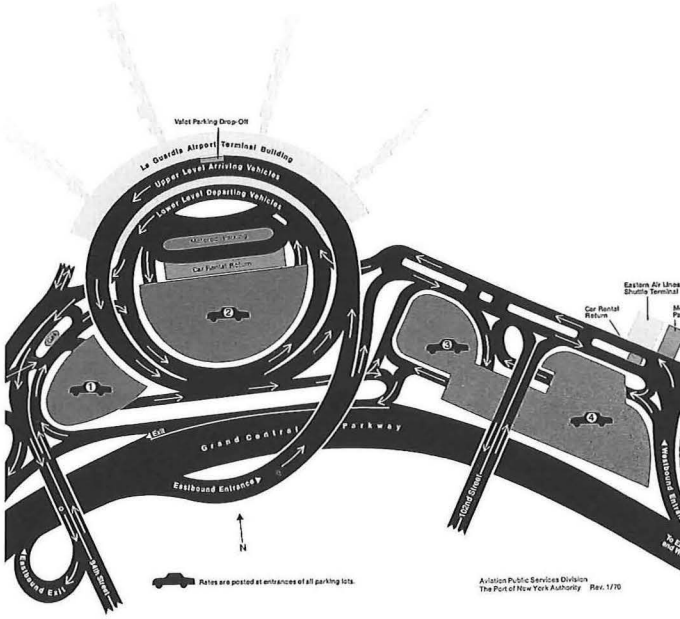


③ Ronald Dworkin, «The Threat to Patriotism», *The New York Review of Books*, 28 de febrero de 2002.

Dejemos el territorio de Estados Unidos y fijémonos en los militantes de Al Qaeda que desde distintas partes del mundo están tratando de organizar un nuevo ataque en Estados Unidos. Impedirlo tiene prioridad absoluta lo que, en este caso, significa que no hay ni minuto que perder ni un rincón del mundo que no revolver con ese fin. Prioridad absoluta equivale a buscar unos miles de agujas que se mueven en un pajar de seis mil millones de pajas. Comparado con esto los trabajos de Hércules parecen poca cosa, tanto es así que uno se pregunta, ¿puede Estados Unidos hacerlo? La respuesta es que ya lo está haciendo, aunque hablar de resultados es otro cantar. Hasta el momento Washington viene persiguiendo simultáneamente tres objetivos: 1) destruir Al Qaeda que es la entidad probadamente capaz de lanzar un nuevo ataque, 2) impedir que otros grupos animados por el mismo fin puedan capacitarse para hacerlo, y 3) imposibilitar que Al Qaeda o grupos similares se hagan con armas de destrucción masiva.

La destrucción de Al Qaeda comenzó en Afganistán. El régimen afgano de los talibán ya ha sido derrocado y Al Qaeda no cuenta con la cobertura que le brindaba, pero eso no quiere decir que sus militantes y los talibán hayan sido neutralizados. Pese a que los medios de comunicación tienden a dar esa tarea por resuelta, las cifras ofrecidas por los militares americanos cuentan los efectivos de ambos grupos por decenas de millares mientras que la cifra de detenidos y muertos se mueve en los centenares. Titulen como titulen los medios, quienes dirigen la campaña contra Al Qaeda saben que Osama Bin Laden y Omar siguen vivos y que continúan contando con millares de seguidores armados. Casi todos los talibán permanecen en Afganistán donde el gobierno interino controla escasamente la capital, Kabul. El resto del país es, en términos de seguridad, un archipiélago de zonas bajo el control de sus líderes tribales. Aunque muy probablemente Al Qaeda ya no puede organizar su segundo golpe desde Afganistán, puede continuar dando mucho trabajo a las fuerzas americanas desplegadas en ese país mientras prepara su próximo golpe desde otro sitio. En el último enfrentamiento que nos contó la televisión las tropas americanas se hicieron con un valle tras bombardearlo sistemáticamente y encontraron unos veinte cadáveres. ¿Cuántos valles quedan? Un artículo posterior de *The New York Times* informa desde el terreno que los líderes tribales de la frontera montañosa entre Afganistán y Pakistán han dicho a los comandantes americanos que si tratan de entrar en la región les harán frente. Esos líderes sostiene que allí no hay gente de Al Qaeda. Los comandantes americanos piensan que la región se está convirtiendo en un santuario para los combatientes de Al Qaeda y los talibán ④. ¿Cuánta guerra queda? ¿Qué consecuencias puede tener su prolongación?

Ogilvy & Mather.
Promotional Campaigns, Inc.
Esquemas



④ Raymond Bonner, «Tribal Leaders in Pakistan Warn the U.S. to Keep Out», *The New York Times*, 25 de marzo de 2002.

En todo caso Al Qaeda está contenida en Afganistán. Pero también está esparcida por el mundo. Seguro que hoy Estados Unidos conoce la estructura de Al Qaeda mucho más de lo que la conocía antes del 11 de septiembre. A juzgar por lo que está haciendo, ha llegado a la conclusión de que efectivos de Al Qaeda o de grupos afines se encuentran en sitios como la isla Basilan de Filipinas, rincones del Yemen o la garganta que une Georgia con Chechenia, y ya ha enviado tropas a estos puntos para combatirlos. También dice saber que Al Qaeda opera desde Indonesia pero a este país no ha enviado tropas. ¿Por qué? Porque la segunda tarea, es decir, impedir que Al Qaeda o grupos similares encuentren nuevos santuarios, es más complicada que la primera. Prioridad absoluta significa en este caso que Estados Unidos está dispuesto a actuar militarmente y de manera unilateral en cualquier país que albergue terroristas. Pero aunque la prioridad absoluta no se detenga ante reparos de derecho internacional, no puede dejar de tomar en cuenta las consideraciones de eficacia. Todo indica que Estados Unidos se está dirigiendo a los gobiernos de aquellos países donde considera que Al Qaeda u otros grupos pueden estar preparando nuevos ataques, diciéndoles: o ustedes acaban con esa gente o lo hacemos nosotros directamente. La fórmula que viene adoptando en cada caso depende de la confianza que le merece el gobierno en cuestión, sus servicios de inte-

ligencia y sus fuerzas de orden público y militares, así como de la viabilidad operativa de una intervención con medios propios a la vista de las características del país y de la información que poseen sobre los objetivos que persiguen. En resumen, en unos sitios intervienen, en otros entrenan (supervisan) la acción de las fuerzas locales y en otros confían en que el gobierno correspondiente asuma la tarea. Sin descartar nunca la intervención unilateral (abierta o encubierta) allí donde no encuentren la cooperación que desean.

¿Quién se va a resistir a esta estrategia americana? Decir que nadie sería aventurado, pero supongámoslo. ¿Garantiza eso su éxito? Puede que no. En el terreno puramente operativo, el punto débil del planteamiento americano reside en que la coordinación resulta casi imposible, pero he aquí que la eficacia de un golpe contra Al Qaeda requiere que sea un golpe simultáneo a sus fuerzas dispersas. Golpear a la gente de Al Qaeda en un punto donde sólo concentra un bajo porcentaje de sus efectivos, sirve de poco mientras no se golpee al mismo tiempo en los otros muchos puntos en que hace lo mismo. Al Qaeda puede encajar golpes en varios sitios con cierta tranquilidad mientras le queden recursos para golpear en otro. Le basta eso para demostrar que continúa viva. Y, después de haber golpeado en el corazón a Estados Unidos, su objetivo inmediato es mostrar al mundo musulmán que es capaz de sobrevivir al contraataque. ¿Cuándo se va a atrever Estados Unidos a declarar que ha acabado con Al Qaeda? ¿Qué pasará si un día lo declara y poco después Al Qaeda golpea? Imaginen por un momento que en vísperas de las próximas elecciones presidenciales Bush cae en la tentación de hacerlo y a los pocos días Osama Bin Laden le replica con un vídeo que retransmite Al Jazira. Pero hay más. El objetivo de Al Qaeda no es dejar Nueva York sin rascacielos, es alimentar un enfrentamiento entre Estados Unidos y el mundo musulmán, en la esperanza de que, al menos, en algún país musulmán importante eso lleve al poder a los fundamentalistas islámicos. ¿Cuánto le cuesta a Al Qaeda «desinformar» a Estados Unidos empujándole a presionar a gobiernos cuyos pueblos reaccionarán mal ante una presencia, intervención o presión americana? Puede que a Estados Unidos eso le importe poco, pero eso es precisamente lo que más le interesa a Al Qaeda. En otras palabras, la ofensiva *urbi et orbi* de Estados Unidos para impedir otro golpe de Al Qaeda en su país puede resultar la más eficaz campaña de agitación a favor de Al Qaeda.

Pero continuemos con las consecuencias de dar prioridad absoluta a impedir que Al Qaeda golpee de nuevo a Estados Unidos. El tercer objetivo era hacer imposible que Al Qaeda se haga con armas de destrucción masiva. Aunque la televisión nos ha mostrado manuales y papeles relativos a este tipo de armas encontrados en las cuevas de Afganistán, la verdad es que tales cosas no se fabrican en semejantes sitios. Para fabricar armas de destrucción masiva se requieren recursos que sólo un Estado puede concentrar. Y aquí surge el «eje del mal». Estados Unidos considera que hay estados que podrían llegar a producir armas de destrucción masiva y después facilitárselas a grupos como Al Qaeda. De estos estados ha nombrado a tres: Irak, Irán y Corea del Norte. No nombra sin embargo a un cuarto que es el candidato más claro, Pakistán. ¿Por qué? Lo que Estados Unidos evalúa para incluir o no a un Estado en el «eje del mal» no son sus capacidades sino sus intenciones. Por ejemplo, Pakistán tiene armas nucleares mientras que Irak e Irán no las tienen, sin embargo, Estados Unidos estima que aunque Pakistán las tiene no las cederá a nadie ⑤, mientras que piensa que si Irak o Irán llegaran a tenerlas podrían facilitárselas a grupos como Al Qaeda. ¿Es esta una apreciación acertada o errónea? A Estados Unidos le da lo mismo; su evaluación está hecha y considera que probar lo contrario es responsabilidad de esos estados. Lo que Washington les está diciendo es: mientras ustedes no me convenzan de que no intentan hacerse con armas de destrucción masiva, yo parto de que lo pretenden y de que están dispuestos a facilitárselas a grupos terro-

⑤ Este es un juego peligroso en el que todo depende de que el gobierno de Musharraf se mantenga estable. Para ello deberá superar en lo inmediato varias pruebas como el juicio y eventual condena de los asesinos del periodista americano Pearl, las elecciones previstas para octubre o las pretensiones de Musharraf de modificar la constitución garantizándose un mandato de cinco años y más poder que el primer ministro. Más a fondo, la gran incógnita continúa siendo la evolución de los lazos entre los servicios de inteligencia pakistaníes y los extremistas islámicos. Nadie sabe cómo acabará este juego, pero americanos y británicos han hecho salir del país a su personal no esencial.

ristas. Prioridad absoluta significa en este caso que Washington no va a esperar a ver si su juicio sobre las intenciones de Bagdad o Teherán es correcto, sino que está dispuesto a actuar militarmente para no tener que comprobarlo en los hechos.

Hasta aquí hemos visto lo que significa prioridad absoluta en cuanto a los objetivos, pero el término también tiene un significado importante en cuanto a los medios: para alcanzar un objetivo marcado con prioridad absoluta no hay límite de medios. Lo que esto significa ya nos lo ha dejado saber la administración Bush vía filtración a la prensa. Significa que Estados Unidos no descarta el recurso a las armas nucleares para lograr los objetivos señalados. Prioridad absoluta significa que Estados Unidos se desentiende del compromiso de no utilizar armas nucleares contra un Estado que no las posea; un compromiso que adquirió en la renovación del Tratado de no Proliferación Nuclear. Ahora deja saber que está dispuesto a recurrir a las armas nucleares para zanjar incertidumbres sobre si otro Estado las posee o no, y para impedir que estados que no las poseen, pero de los que desconfía, lleguen a poseerlas. Parece que quienes han concebido esta estrategia creen que ante unos enemigos que están dispuestos a inmolarse, sólo pueden ejercer una presión disuasiva manifestando que Estados Unidos también está dispuesto a emplear sin límites los recursos que posee. Si es así se equivocan de plano. Nada estimula tanto a quien está dispuesto a llegar hasta el final como la idea de que su final será también el final de muchos. Ante esta perspectiva un terrorista suicida (incluso si es musulmán) se siente Sansón (que era judío). Sin ir tan lejos, el simple hecho de que documentos oficiales de Estados Unidos hayan señalado como potenciales objetivos nucleares a cuatro países musulmanes (Irak, Irán, Libia y Siria) ha sido una notable contribución a la confrontación entre Estados Unidos y el mundo islámico.

Tras lo dicho quizá es tiempo de hacer una disgresión colateral antes de proseguir a lo largo del eje del artículo. Lo que llevo dicho se puede resumir con las siguientes palabras: tras el 11 de septiembre los gobernantes de Estados Unidos consideran que su país se encuentra bajo una amenaza inmediata procedente de muchos puntos del mundo y que para neutralizarla deben intervenir con urgencia, sin límites territoriales, es decir, en cualquier país, y sin límites operativos, es decir, incluso con armas nucleares. No faltarán lectores a quienes esto les parezca inverosímil. Podría decirles que los hechos muestran que ya ha empezado a hacerse realidad, pero me parece más persuasivo aportar otros argumentos sobre su verosimilitud.

Nunca en su historia Estados Unidos ha sufrido en su territorio un golpe como el que experimentó el 11 de septiembre. Comparado con eso, toda la guerra fría fue un juego de salón, o de estado mayor si se prefiere, en la que ningún americano murió en su país. En la guerra fría la evaluación de riesgos era sencilla. El riesgo que representa un enemigo es el resultado de multiplicar la capacidad militar que tiene para producir daños por la intención que tiene de atacarme, medida como probabilidad de que me ataque. Los militares americanos siempre conocieron las capacidades militares de la URSS y respondieron dotándose de capacidades propias con las que producir daños superiores a los soviéticos. Esto reducía la probabilidad del ataque, al tiempo que permitía a los políticos americanos especular a su conveniencia sobre las intenciones de los soviéticos. Hoy las cosas están invertidas.

Tras el 11 de septiembre las intenciones agresivas de Al Qaeda están probadas. La incógnita reside en sus capacidades militares. Ante esto la respuesta militar americana, continuando con su más tradicional escuela de planeamiento, parte de ponerse en el peor de los casos, es decir, de suponer que Al Qaeda intentará hacerse con armas de destrucción masiva. Al hacer los planes para impedirlo descubren que el factor tiempo juega esta vez en contra suya. En la guerra fría la supe-

rioridad tecnológica de Estados Unidos hacía que el tiempo permitiera a Washington dotarse de sistemas de armas más precisos y eficaces que los de Moscú. Por el contrario, en lo que se refiere a Al Qaeda es el tiempo lo que le puede permitir hacerse con armas de destrucción masiva. Así pues, el tiempo juega contra Estados Unidos. Esta visión da cuenta también de por qué el planteamiento de lucha contra el terrorismo que está haciendo la administración americana ignora instrumentos como la diplomacia o la ayuda al desarrollo. Ambas cosas requieren tiempo para dar resultados y la Casa Blanca considera que de lo que menos dispone es de tiempo ⑥.

⑥ Nada cambia esto el que Bush al anunciar su minúsculo aumento de ayuda al desarrollo (5.000 millones de $ en varios años, frente a un aumento del presupuesto de defensa para el próximo años de 48.000 millones de $) haya declarado que «la esperanza es una respuesta al terrorismo».

Tras esto veamos cómo la prioridad absoluta de evitar un nuevo ataque de Al Qaeda en Estados Unidos afecta al concepto de «aliado de Washington». Pensemos en una aliado tradicional de Estados Unidos, por ejemplo un país miembro de la OTAN, que considera contraproducente, e incluso perjudicial para él mismo, alguna de las iniciativas que Estados Unidos está contemplando en esta guerra, por ejemplo: operaciones militares para acabar con Sadam Hussein. El ejemplo no es rebuscado sino que está sobre la mesa. La cuestión es, ¿seguirá Estados Unidos considerándolo un aliado? Para quienes en el seno de la administración americana sostienen la prioridad absoluta de la guerra contra el terrorismo, la pregunta anterior se contesta con esta otra: ¿de qué sirve a Estados Unidos un aliado que, estando en juego la seguridad física del país, no le ayuda y le crea dificultades? Dando respuesta a este punto el presidente Bush no ha ahorrado rotundidad. Una y otra vez ha repetido que en la guerra contra el terrorismo «quien no está con nosotros está contra nosotros». Tomado esto literalmente, no sólo significa que el citado aliado reticente deja de ser visto por Washington como aliado, significa además que se convierte en enemigo. Posiblemente hay que hacer algunas concesiones interpretativas a la retórica tejana, pero, aun así, la visión que da de este tema la siempre matizada pluma de *The Economist* ⑦ revela un panorama sin precedentes desde hace muchos decenios. Veámoslo.

⑦ «Who needs whom?», *The Economist*, 7 de marzo de 2002.

Según esta fuente, en la administración Bush hay tres corrientes de opinión sobre qué hacer con los aliados tradicionales en lo que al ataque contra Irak se refiere. Para unos, que ejemplifica con Richard Perle, quien dirige la política de defensa del Pentágono, los aliados de la guerra fría no tienen por qué ser aliados en la guerra contra el terrorismo. Aquella alianza le sirvió a Estados Unidos para impedir que la Unión Soviética llegara a dominar la mayor parte de Europa y a los europeos para no caer bajo el dominio de Moscú. Hoy la relación atlántica se está desfigurando por la tendencia de los europeos a la cooperación con Rusia y por un proyecto de ampliación y de transformación de la OTAN que va a privar a ésta de coherencia y de eficacia militar. Tras el 11 de septiembre lo importante es la guerra contra el terrorismo y esta guerra depende de actuaciones rápidas y decisivas que Estados Unidos puede llevar a cabo en solitario. Perle piensa que así debe hacerlo ya que la intervención de los europeos en vez de una ayuda resultaría un estorbo. Cree que para atacar a Irak Washington sólo puede contar con Tony Blair; las posiciones de Berlusconi y de Aznar le parecen ambiguas; la de Schröder más bien negativa; y de Francia sólo espera que cree problemas. Además considera que, tratándose de una estrategia esencialmente militar, la ayuda que los europeos pueden prestar es despreciable. La síntesis es que en los europeos no se puede confiar pues tratarán de condicionar la estrategia americana. Lo que Estados Unidos debe hacer es lo contrario, llevar adelante su estrategia, ante lo cual los europeos, les guste o no, no tendrán más remedio que acomodarse a ella.

Parece que no toda la administración Bush ve las cosas de este modo ya que también hay quienes consideran que, pese a que la prioridad está en la guerra contra el terrorismo, preservar la OTAN y ampliarla continúa siendo muy importante para mantener la influencia de Estados Unidos en Europa. Según la citada fuente el secretario de estado Powell opina que la OTAN debería jugar un papel expreso

en la lucha contra la proliferación de armas de destrucción masiva, mientras que Condoleezza Rice, la consejera de seguridad nacional, reduce el papel de los aliados europeos a completar con aspectos civiles la actuación militar americana que debe llevarse a cabo en solitario. Estados Unidos bombardea y los europeos ayudan después a restablecer el orden político y la vida civil. Resumiendo, Perle propone que Washington trace una raya diciendo que quien no comparta o acepte sus planteamientos verá negado su estatus de aliado; Rice, aunque coincide en que no se debe permitir que los aliados interfieran en el ataque a Irak, recomienda no extremar tanto las cosas y que Estados Unidos haga como si les hace caso porque esto facilitará que se acomoden a la voluntad de Washington; Powell, preocupado por las dificultades que pueden derivarse de abrir simultáneamente varios frentes militares, prefiere no hacerlo en solitario aunque la compañía de aliados resulte engorrosa.

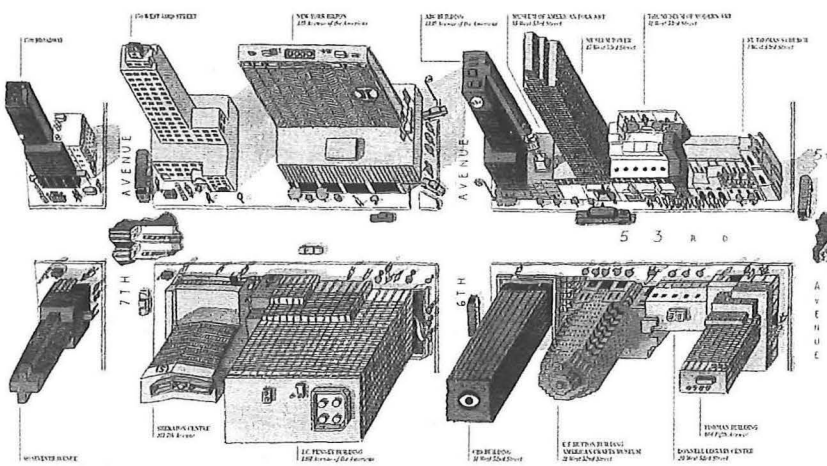
Y ¿qué pasa con los aliados europeos? Esto es tema de otro artículo, pero digamos que de momento flotan en la confusión. Mientras algunos, como Tony Blair, reman hacia la orilla de apoyar a Washington en la esperanza de poder influirle, otros, sobre todo Francia, reman hacia la orilla de establecer una política europea propia que no tiene necesariamente que secundar a la americana en cosas como un ataque militar contra Irak. La solución al dilema no tardará en empezar a emerger aunque no cabe esperar que sea nítida, pero, aun así, no dejará de ser fascinante ya que pondrá en juego el futuro de las relaciones transatlánticas, OTAN incluida.

El análisis de las implicaciones de la prioridad absoluta sobre las relaciones de Washington con otros aliados tradicionales, como Arabia Saudí, Egipto y Jordania, no tiene cabida aquí pero conduce a resultados no menos radicales. Si de verdad Estados Unidos actúa dando por descontado que Irak e Irán pueden llegar a constituir un eje y les empuja a acercarse, todo el equilibrio de poder en Oriente Medio se verá alterado, amenazando la estabilidad de Arabia Saudí y de los estados del Golfo. En cuanto a Rusia, que viene mostrando buena disposición a cooperar con Estados Unidos en el combate contra el terrorismo (por sus propias razones, claro), hay que anotar que el pasado 19 de marzo Tenet, director de CIA, declaró en el congreso que Rusia es la principal suministradora de armas de destrucción masiva. De nuevo, si tomamos las declaraciones al pie de la letra, ésta suena a amenaza dirigida contra la capacidad rusa de producir armas nucleares, químicas y bacteriológicas. Por fin está China que, junto con Rusia, figuraba como objetivo nuclear en los papeles filtrados por el Pentágono. Tras la filtración parece ser que Washington dio explicaciones tranquilizadoras a Moscú pero no a Beijing, que se sepa.

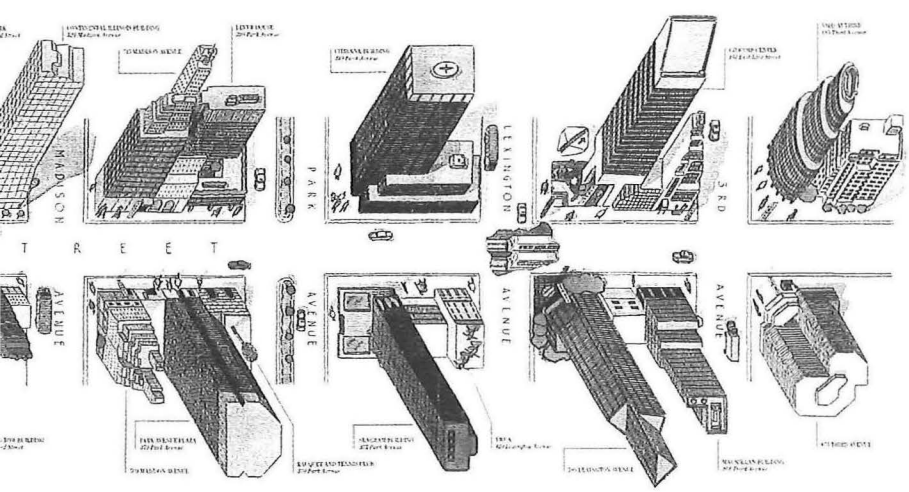
Finalmente hay un aspecto de la declaración de prioridad absoluta a la lucha contra el terrorismo que también puede traer importantes consecuencias, en algunos casos por acción y en otros por inacción. Washington está obsesionado por los terroristas de Al Qaeda pero eso no significa que si Al Qaeda desapareciera con un pase mágico, el mundo amanecería tranquilo. Hay importantes conflictos en curso en los que Al Qaeda no pinta nada y cuyo desarrollo no va a esperar a que Washington resuelva el problema de Al Qaeda. Colombia está de nuevo en guerra civil abierta; Venezuela, uno de los grandes productores de petróleo, en una situación cada vez más inestable; Argentina no sale del pozo y su actual gobierno también puede terminar cayendo en él y dejando al país ante un futuro peor que incierto; la crisis económica de Japón puede terminar contagiando a Corea y a los países del sudeste asiático; el riesgo de guerra abierta entre India y Pakistán continúa vigente; y, ni que decir tiene que el enfrentamiento entre israelíes y palestinos se ha convertido ya en una guerra de desgaste en la que los tanques judíos machacan palestinos y los suicidas palestinos masacran judíos, cada uno a espera de que el otro diga ¡Ya no puedo más!

Entre tanto y bajo el síndrome de la prioridad absoluta, quienes toman las decisiones en Washington están concentrados en planear su ataque a Irak. No hace falta ser Casandra para hacer un vaticinio funesto: dos guerras a la vez en Oriente Medio (una en Irak y otra en Israel), una tercera que se empantana en Afganistán, otra que asoma en el subcontinente indio y el lejano oriente volviendo a entrar en crisis económica, mientras América Latina se desestabiliza por abajo y por arriba. No invoco a Casandra porque crea que eso es lo que va a pasar. La invoco porque pienso que un buen planificador político-militar siempre debe tener presente a Casandra. De hecho, los planificadores americanos la tienen muy presente pero sólo en un sentido. Siempre planean poniéndose en la hipótesis de que el enemigo tratará de hacer lo peor (si no lo impedimos, Al Qaeda volverá a atacar y lo hará con armas de destrucción masiva). Sin embargo nunca miran el lado peor de las cosas cuando se trata de prever las consecuencias de sus planes. Entonces se olvidan de Casandra. Y, por lo que se ve, esto les pasa incluso cuando, como hoy, combaten contra la Al Qaeda de Osama Bin Laden, un enemigo surgido de los planes que ellos mismos hicieron no hace tantos años.

En resumen, la búsqueda de la seguridad para uno acarrea la incertidumbre para todos. Ya ven, si para explicar las implicaciones de la actual política americana empezaba recurriendo a la teoría de la relatividad, para terminar lo hago refiriéndome a la mecánica cuántica que es el reino de la incertidumbre. Y hoy es precisamente a ese reino a donde la política americana nos conduce.



Steven Guarnaccia para
53rd Street Associates, NTC


MADISON
PARK
LEXINGTON
3RD
AVENUE
AVENUE
AVENUE
AVENUE
T R E E T